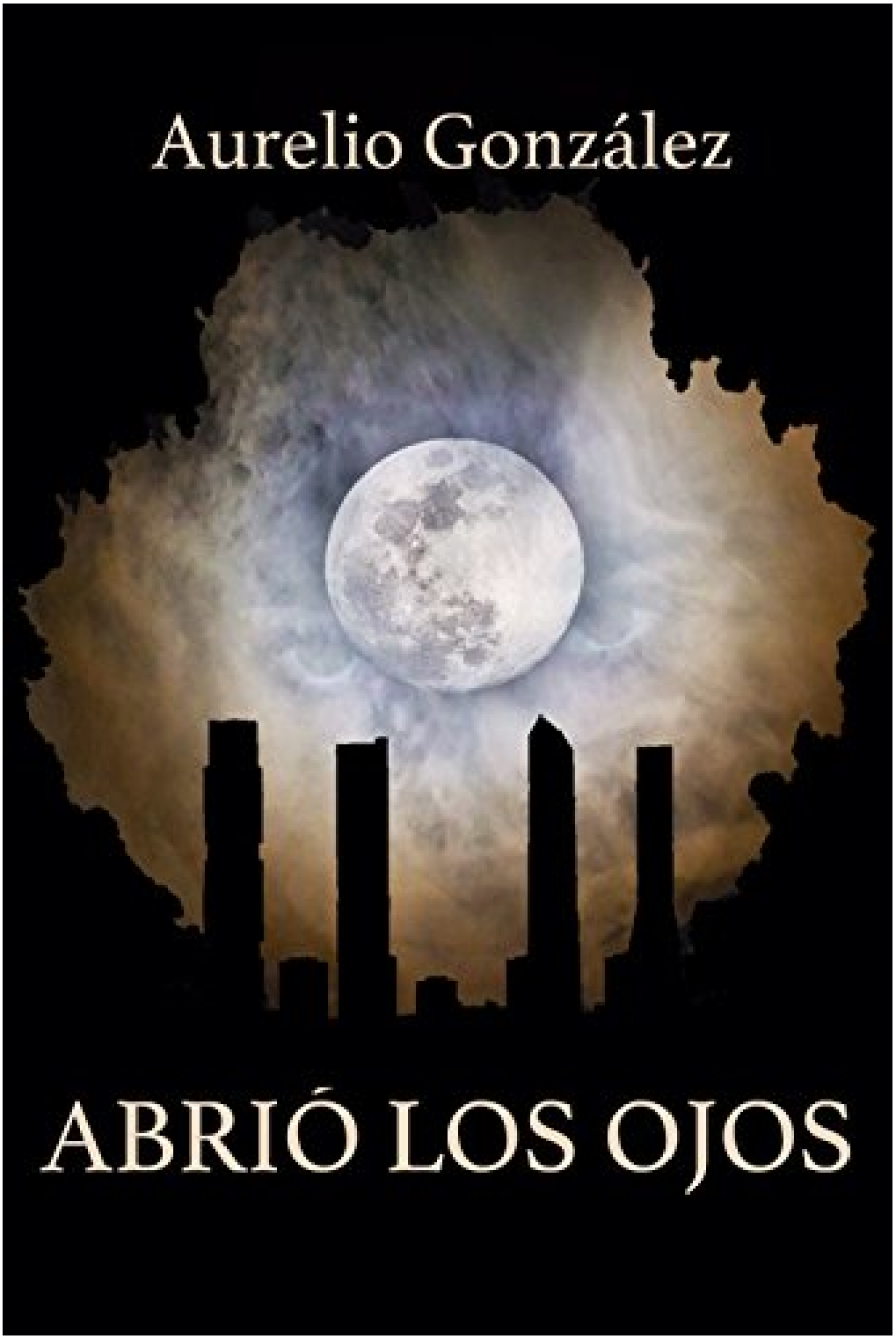
ABRIÓ LOS OJOS

Aurelio González González



Capítulo 1

– ABRIÓ LOS OJOS –

Primer capítulo: 1 de agosto de 2018. Aquí y en mi web:

www.AureGonzalez.es/gratis

Siguientes capítulos: cada semana a partir del 1 de septiembre.

– PRIMERA PARTE –

ABRIÓ LOS OJOS

CAPÍTULO 1

Lunes 1 de julio.

Una hoja del calendario que estaba colgado en la pared cayó al suelo de la habitación, la del mes de junio de 1998. Era su decimosexto cumpleaños. Se revolvió incómoda en la cama y miró a la ventana con el ceño fruncido. Las hojas estaban abiertas y el sol se colaba a placer por una rendija de la persiana ese 1 de julio, un punto cegador en medio de la penumbra que, de pronto, atrapaba todos sus pensamientos, todos sus anhelos.

Tenía una sensación extraña. Su dormitorio era el de siempre, pero tenía la impresión de estar en otro lugar. Hacía mucho calor. Bajó los pies de la cama como empujada por una mano invisible, se acercó a la ventana y subió la persiana. Al otro lado de la calle, en la acera de enfrente, un desconocido la observaba como si estuviese contemplando una escultura clásica, un cuadro moderno pintado al óleo con sinuosas curvas, una obra de arte de la que no podía apartar la vista. La observaba como si hubiese estado largo rato esperándola.

El viento que entraba tímido por la ventana le golpeó de pronto en la cara. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Entonces tuvo un presentimiento. Se miró de arriba abajo y cayó en la cuenta de que estaba desnuda. En un principio, se había sentido halagada por el interés con que aquel tipo la contemplaba, pero la vergüenza no tardó en hacer acto de presencia. Se apartó de la ventana, se cubrió el cuerpo con las manos y tomó asiento

sobre la cama, sonrojada.

Una nueva ráfaga de aire hizo volar la hoja del calendario por todo el cuarto, la posó como una pluma sobre la sábana. Ella la miró detenidamente, sin parpadear, hasta que alguien gritó su nombre…

Abrió los ojos y sus pupilas se contrajeron con rapidez. Veía todo borroso a causa de la claridad que se colaba por una rendija de la persiana y que le apuntaba directamente a la cara. Estaba sudando; de nuevo aquella pesadilla que tuvo la noche de su decimosexto cumpleaños. Ahora, a los treinta y uno, había vuelto a soñar lo mismo, aunque con un significado muy distinto.

Miró pensativa el calendario colgado con una chincheta en la pared. Se levantó de la cama, dio varios pasos y arrancó la hoja del mes de junio; la arrugó y la arrojó a la papelera. Era 1 de julio. Se giró para observar su reflejo en el espejo de cuerpo entero que tenía frente a ella; se miró de pies a cabeza, luego a los ojos, y una sonrisa iluminó su cara. Se sentía radiante.

Se dio una ducha. Después abrió el armario, echó un vistazo rápido y eligió unos vaqueros y una camiseta; había quedado en quince minutos con Sandra para desayunar. Se puso unas zapatillas deportivas, agarró el bolso y cerró de un portazo.

Al dejar atrás el ascensor, oyó como se cerraban las puertas mecánicas tras de sí en el angosto pasillo del viejo bloque de viviendas donde se encontraba su casa, un pequeño apartamento en el centro de Madrid.

El sol brillaba intenso aquel día de verano. Giró en la esquina y caminó por la acera de Gran Vía disfrutando del frescor que aún ofrecían las tempranas horas.

El ruido del tráfico era un rumor inagotable; gente atareada por todas partes caminaba a toda prisa acera arriba acera abajo o esperaba impaciente el cambio de color en un semáforo; cascadas humanas entraban y salían de las bocas del metro al ritmo que marcan los trenes. Imaginó entonces cómo sería la ciudad en silencio, sin coches, sin humos, sin prisas por llegar a todas partes o a ningún sitio, sin el estrés y la ansiedad tan interiorizados por todos y que ya formaban parte de ellos… sería maravillosa. Perdida en sus pensamientos, le vino a la mente la conversación del día anterior con Sandra, su propuesta de trabajo. ¿Aceptaría? La idea no acababa de convencerla, o, más bien, no sabía si se atrevería, si sería capaz de circular en contra de la dirección por la que siempre había discurrido su rutinaria existencia. Sin embargo, recordar su antiguo empleo, un mundo al que ya no quería volver, removía todo su

ser, lo sacudía con la rabia del rechazo sobrevenido; empezaba a tomar conciencia de que odiaba su trabajo de administrativa en el BKS Bank más de lo que nunca hubiera pensado. Echando la vista atrás, se daba cuenta de que había entregado los mejores años de su vida a un sistema que le había arrebatado parte de ella; un sistema que, de algún modo, había intentado escribir su destino sin pedirle permiso.

Al doblar la última esquina se topó de frente con El Despacho, el bar donde solía quedar con Sandra. A lo lejos pudo ver a su mejor amiga desde el instituto sentada en una de las mesas de la terraza hojeando la carta.

—¡Felicidades, Lucía! —Sandra se levantó de la silla y le dio dos besos.

—Gracias. Ya soy un año menos joven, aunque, a decir verdad, no me preocupa. —Lucía dejó escapar una carcajada desganada.

—Al menos se te ve un poco más positiva que ayer, parecías muy agobiada.

—No he tenido un buen fin de semana. Ya sabes, que te echen a la calle de un día para otro sin más excusa que la "reducción de personal a la que obligan estos tiempos de crisis" no es precisamente motivo de alborozo; reestructuración lo llaman. Capullos —rumió.

—Capullos —dijo Sandra riendo.

—¿Sabes? Es curioso. Anoche tuve de nuevo aquella pesadilla de la que te hablé hace años. ¿La recuerdas?

—¿Esa en la que te mueres de vergüenza porque un tipo te ve desnuda a través de la ventana?

—La misma.

—Y hoy también es tu cumpleaños, como en el sueño. —Sandra la miró por encima de sus gafas de sol—. ¿Casualidad?

El camarero se acercó a su mesa armado con libreta y bolígrafo.

—¿Qué van a tomar, señoritas?

—Yo quiero un cortado y una tostada con tomate.

—Yo tomaré un café con leche y también una tostada, gracias —añadió Sandra.

El camarero apuntó los desayunos en la libreta y desapareció en la oscuridad del bar.

—Bueno, vayamos al grano. ¿Has pensado en la oferta de trabajo?

—Sí. No. Bueno, no lo sé. Ayer estaba convencida de rechazarlo, pero hoy…

—Pero hoy ya no estás tan segura… —Sandra arqueó las cejas bajo las gafas de sol—. Creo que últimamente andas algo desorientada, y creo también que ese sueño ha hecho que te pique el gusanillo.

Lucía respiró profundamente y elevó los hombros con cierta resignación.

—Supongo que ahora veo las cosas desde otra perspectiva. Y sé que necesito dar un giro a mi vida y que si hay un momento oportuno para ello, es este. De todos modos…

—Ya sabes que no tienes que contestar inmediatamente. —Sandra apoyó los brazos en la fría mesa de metal y se acercó a ella levantándose las gafas de sol. En ese momento, el camarero interrumpió la conversación para servir la comanda y volvió a desaparecer en el interior del bar—. ¿Por qué no pasas esta noche por el club? —continuó Sandra—. Ven a tomar una copa y te enseño el local, quizá te ayude a decidirte. El dueño está deseando conocerte.

—¿Le has hablado de mí?

—Claro. —Sandra sonrió con malicia—. El club es un auténtico éxito y está necesitado de chicas como tú.

—¿Como yo?

Sandra bajó la voz.

—Chicas con clase, guapas y ávidas de pasta, ya me entiendes. Anímate, te aseguro que te sorprenderás de la variedad de hombres que pululan por allí.

La curiosidad comenzó a hacer verdadera mella en Lucía.

—Está bien. Creo que iré a verlo —contestó tomando un sorbo de café.

—No te arrepentirás. El ambiente es muy respetuoso y el trabajo es… diferente.

—Desde luego que lo es, pero no sé si sería capaz de hacerlo.

—Claro que sí. Todo es cuestión de cambiar la mentalidad, de liberarse. —Sandra se mordió el labio inferior, ácida, intrigante—. Vas a sentirte objeto de deseo y, créeme, eso te gustará; termina siendo adictivo. Y, en cualquier caso, siempre puedes decir que no y empezar a buscar trabajo.

—Vale, vale, ya me tienes convencida. Esta noche comprobaré las sensaciones que me transmite. De todos modos, siempre puedo decir que no y empezar a buscar trabajo. ¿cierto? —Sonrió tímidamente.

Vas a sentirte objeto de deseo… Ese comentario de Sandra se repetía una y otra vez en la cabeza de Lucía, no dejaba de darle vueltas. ¿Sentirse deseada? Siempre había sabido que su físico llamaba la atención a la mayoría de los hombres, incluso a ciertas mujeres, pero ¿ganarse la vida con ello?

Entró en su habitación y dejó las bolsas que llevaba en la mano. Todo estaba revuelto. Había pasado el día de compras y ahora, al llegar a casa, caía en la cuenta de que no había regresado desde que salió apresuradamente por la mañana. Miró la papelera de la esquina; la hoja del mes de junio continuaba arrugada encima del resto de desechos que la colmaban. Agarró la bola de papel y la estiró. Números y letras aparecían resquebrajados, llenos de arrugas. Pensó de nuevo en la oferta de Sandra y cerró el puño alrededor de la hoja; la devolvió al mismo lugar como si ese simple gesto fuese un paso más, un avance hacia no sabía dónde.

Mientras sacaba la ropa que había comprado volvió a mirar hacia el rincón, a la hoja arrugada que coronaba la papelera. «Ha llegado la hora de cambiar, de romper con todo», se dijo. El sueño de la noche anterior quizá había sido una premonición o, quizá, un puntapié para seguir adelante.

Una década y media antes, Lucía era una adolescente que empezaba a descubrir el mundo adulto como las demás chicas de su edad. Las recién germinadas hormonas femeninas empezaban a dispararse, a multiplicarse como enloquecidas, y su cuerpo estaba sumido en profundos cambios físicos y químicos. Aún recordaba intensamente su primera experiencia sexual. Fue en aquella primavera de 1998, con su primer novio en el parque del Retiro, unos días antes de cumplir los dieciséis. «Un nuevo comienzo pasa por delante de mí», murmuró.

Volvió a la realidad y miró el reloj de su mesilla de noche: 20:35. Había quedado a las nueve y media en el club con Sandra. Se desnudó y se metió de nuevo en la ducha para quitarse de encima la pegajosidad que la

ajetreada tarde estival había dejado en su piel.

En el dormitorio se observó de nuevo en el espejo de cuerpo entero. «¿Podré hacerlo?», se preguntó. Deshizo el nudo de la toalla y la dejó caer al suelo. «Podré hacerlo».

Sobre la cama había tendido un vestido rojo, objeto principal del afán consumista de la tarde, y unas braguitas de encaje a juego, ajustadas, escasas de tela y sugerentes, muy sugerentes, que había tardado más de media hora en elegir. «Como si alguien fuera a verlas».

Sin darse tiempo para pensar más en ello, se vistió cuidando cada detalle. Cuando terminó de ponerse a punto, echó un último vistazo a su reflejo antes de salir de casa: vestido corto por encima de las rodillas, atrevido escote y finos tacones. Por fin se sentía preparada para conocer aquel misterioso club llamado Luna Llena.

El aparcamiento subterráneo estaba casi vacío; a esas horas solamente habían llegado los empleados del club. Apagó el motor de su Seat Ibiza amarillo del 2001, cogió el bolso del asiento y bajó la ventanilla para abrir la puerta con el tirador exterior; hacía meses que se le había roto el mecanismo de apertura interior, pero el lamentable estado general del vehículo no merecía tal inversión.

Había quedado con Sandra en la puerta principal del local; cuando llegase le haría una llamada perdida al móvil y ella saldría para abrirle. Cruzó el parking hasta las escaleras que daban acceso a la calle Serrano, las subió trémula y salió al exterior. Miró a ambos lados, la calle apareció ante sus ojos muy transitada ese lunes de julio. Caminó unos metros y se detuvo frente a la puerta principal, sacó el móvil del bolso e hizo la llamada.

Mientras esperaba, observó la fachada del local, un bajo muy discreto que desde fuera no daba la impresión de ser lo que realmente era. Una puerta metálica ciega, retranqueada en un minúsculo portal, y un único botón en el portero automático sobre el que había una pequeña placa plateada en la que podía leerse el nombre del club en letras mayúsculas, constituían cuanto necesitaban saber quienes frecuentaban el lugar. Un poco más arriba, sobre el dintel de la puerta, se veía el número 64.

Sandra apareció en ese momento luciendo una amplia sonrisa.

—¡Ya estás aquí!

—Aquí me tienes, con la mente abierta para conocer cosas nuevas… creo.

—¡Qué guapa te has puesto, me encanta el vestido! —Sandra la observó de arriba abajo.

—Me lo he comprado hoy; he pasado la tarde gastando parte del finiquito. —Sonrió guiñándole un ojo.

Sandra la invitó a pasar, cerró la puerta detrás de ella.

El recibidor le pareció más angosto de lo que realmente era; las baldosas negras del suelo y las paredes pintadas en colores oscuros lo empequeñecían. En la que tenía enfrente había colgadas dos lámparas minimalistas de acero inoxidable con forma cilíndrica que propiciaban con su tenue luz un ambiente íntimo. Bajo ellas, una cortina tapaba parte de la pared; Lucía supuso que se trataría del acceso a algún lugar privado del club. A su derecha había un guardarropa lleno de perchas colgadas en barras metálicas y separado del recibidor por un mostrador de madera noble. Caminaron a través del recibidor y se internaron por un pasillo situado al fondo; al igual que en la estancia anterior, paredes y techo estaban pintados en tonos negros y de nuevo las lámparas de acero inoxidable distribuidas por las paredes contribuían a crear aquel ambiente de intimidad.

Al atravesar el pasillo, Lucía se dio cuenta de que la decoración del club era muy distinta a la que había podido ver hasta el momento. El suelo seguía siendo de las mismas baldosas negras, sin embargo, las paredes aparecían pintadas en un tono pastel claro y revestidas de listones de madera de teca, colocados en vertical y separados entre sí unos centímetros, que creaban un ambiente muy agradable. Los techos eran altos, pintados de un tono rojo claro y de ellos colgaban lámparas de araña cuajadas de pequeñas bombillas cuya luz se asemejaba más a la que proporcionan las velas. Estaban en el bar.

La barra, situada a la derecha, lucía la cobertura de piel oscura propia de los mejores locales de copas de la ciudad. Una docena de elegantes taburetes giratorios estaban dispuestos a lo largo de ella en perfecta línea recta. A la izquierda, frente a la barra, había distribuidas de forma ordenada algunas mesas circulares de madera y cristal, a juego todas ellas con la decoración de las paredes, y a cuyo alrededor se repartían glamurosos sillones de cuero de color beige que invitaban a tomar asiento y charlar con una copa en la mano. Al fondo, en el lado opuesto al pasillo por el que habían accedido al bar, aparecía una gran abertura desprovista de puertas o cortinas que daba acceso al resto de las instalaciones bajando varios escalones; a través de ella se atisbaba, en la distancia, un escenario en el que dos barras metálicas verticales ancladas al suelo y al techo se erigían como protagonistas absolutas de cuanto allí hubiera de suceder.

Lucía y Sandra se sentaron en dos de los taburetes giratorios. La pared situada detrás de la barra estaba cubierta en su totalidad por un espejo de una sola pieza del que sobresalían anaqueles metálicos repletos de botellas de los más selectos licores, nacionales y de importación, todas ellas colocadas a la misma distancia unas de otras. Anclado a la imponente barra, había un majestuoso grifo de cerveza que parecía diseñado a capricho para el lugar, y pequeños cuencos de cristal repletos de aperitivos se distribuían a lo largo de toda ella separados entre sí tan milimétricamente como las botellas de los anaqueles. De fondo se escuchaba ligeramente el hilo musical; el volumen estaba bajo, pero el sonido de los riffs de la guitarra de Angus Young arrancando Hells Bells les llegaba claro y nítido gracias a la acústica que proporcionaban los listones de las paredes.

El camarero que tan meticulosamente cuidaba de aquel espacio se acercó a ellas desde el otro lado de la barra. Las saludó amablemente.

—Buenas noches, chicas, ¿os apetece tomar algo?

—Hola, Martín —saludó Sandra, risueña—, sírvenos un par de margaritas, por favor.

—¡Marchando!

Lucía no podía apartar la vista de cuanto la rodeaba, del suelo que pisaba, de la barra en la que se apoyaba, de las paredes que parecían mirarla. Pero, sobre todo, su atención se concentraba por momentos, con miradas fugaces, en el escenario al otro lado de los escalones.

—¡Guau! Este sitio es muy lujoso.

—Como te habrás dado cuenta, el Luna Llena no es un club solo para gente de pasta, sino para personas con poder, ya me entiendes. —Sandra observaba complacida la expresión de asombro de su amiga.

—Nunca me habías contado detalles de este sitio. Sinceramente, no me lo imaginaba así.

El camarero les dejó las copas sobre unos posavasos de cerámica con el emblema del club: una luna llena completamente blanca delimitada por un círculo negro.

—Siempre he sido muy discreta, incluso contigo, porque todo lo que aquí ocurre es confidencial.

—¿Confidencial? —preguntó Lucía intrigada.

—El Luna Llena es un lugar solo para miembros; y no es fácil conseguir serlo.

—Ya entiendo…

Aquel local no era ni remotamente lo que Lucía esperaba encontrar; la decoración, el ambiente, la clientela de la que Sandra hablaba…; nada de eso había pasado remotamente por su imaginario.

Probó la copa y las mejillas le enrojecieron al instante por la falta de costumbre; el cóctel estaba preparado con la combinación perfecta de tequila, jugo de limón y triple seco, sin olvidar un toque de sal en el borde de la copa. Miró de nuevo hacia las escaleras que descendían hacia el escenario de las barras metálicas y se sintió inesperadamente tranquila; sus nervios habían desaparecido, aunque era incapaz de discernir si a consecuencia del alcohol del cóctel o alentados por la posibilidad de marcharse de allí sin dar explicaciones y no volver nunca más. Quizá, una mezcla de ambas cosas.

—Ahora te presentaré al dueño, John Morgan. Ya debe de andar por aquí. Se trata de un inglés que lleva años afincado en Madrid. Él nos acompañará por todo el club y te lo explicará todo.

—Tengo curiosidad por conocerle —reconoció Lucía. Aunque realmente su curiosidad abarcaba todo lo que aún permanecía oculto a su vista.

—Te caerá bien. Es un tipo apuesto, elegante y de trato fácil. Siempre viste de etiqueta y sabe cómo llevar un negocio así: procura que trabajadoras y miembros nos sintamos como en casa, fomenta el buen ambiente. Aunque he de decirte que él es un poco reservado de puertas para adentro…, me refiero a las puertas de su despacho, claro.

Lucía, abstraída en su continuo reconocimiento visual, había desconectado de la charla de Sandra hacía unos segundos; lo último que había escuchado había sido «… nos sintamos como en casa…».

—Creo que debe de ser ese… —se aventuró a afirmar señalando con la mirada hacia las escaleras que bajaban a la sala principal.

John apareció en el extremo opuesto del bar. Se trataba de un tipo de unos cuarenta años que vestía elegantemente un traje negro de raya diplomática y camisa blanca. Cuando estuvo a su altura, Lucía pudo observar que era castaño, casi rubio, de ojos azules, apuesto y ligeramente más alto que ella.

—Good night, darlings —saludó. Dio dos besos a Sandra y se dirigió a ella—. Si no me equivoco, tú debes ser Lucía; Sandra me ha hablado

mucho de ti.

—Te presento a Lucía Vergara —anunció Sandra.

John le dio dos besos y se presentó:

—Soy John Morgan, encantado de conocerte. —Sonrió—. Según tengo entendido, te gustaría formar parte de nuestro club, ¿me equivoco? —dijo con cierto deje británico. Luego la escudriñó detenidamente, como quien contempla la última adquisición de su fabulosa colección—. Por mi parte, no hay inconveniente; todo lo contrario. —Sonrió de nuevo.

—A decir verdad, aún tengo que decidirlo. —Lucía ladeó la cabeza clavando la mirada en su amiga. Bebió el último sorbo de su copa y lo tragó con esfuerzo; los nervios habían regresado.

—Venid conmigo —las invitó John—, vamos a ver las instalaciones. Te explicaré todo para que acabes de convencerte. —El dueño le dirigió una nueva mirada de pies a cabeza—. Really beautiful —comentó.

Bajaron los peldaños que las separaban de la sala principal tras los pasos del británico. Esta era mucho más amplia de lo que se vislumbraba a través de la puerta, y los techos eran visiblemente más altos. Repartidas por todo el espacio se encontraban las mismas mesas circulares con sillones alrededor que había visto en el bar; Lucía imaginó a los clientes sentados en ellas viendo bailar a las chicas del escenario.

La iluminación era similar a la del bar, solo que la intensidad de la luz era más baja. La sensación al pisar también era diferente; miró al suelo y se fijó en que había moqueta negra en lugar de baldosas. Al igual que en el bar, el hilo musical se escuchaba con una acústica perfecta gracias a las paredes también forradas con listones de madera.

John se acercó a un cuadro eléctrico situado junto al escenario, abrió la pequeña puerta que lo cubría y subió uno de los interruptores. Al momento, se encendieron los focos del escenario.

—Sandra, ¿por qué no le enseñas a nuestra futura compañera en qué consiste el trabajo? —dijo mientras volvía al centro de la sala, donde aguardaban las dos.

—Claro. —Sandra esbozó una media sonrisa—. Espero que te guste —dijo mirando a Lucía de reojo.

Sandra dejó en un rincón su ropa: primero los zapatos, después los vaqueros, la camiseta y, finalmente, el sujetador. Se giró entonces hacia ellos y caminó provocativa. Pegada a la barra, la agarró con las dos manos. Estiró los brazos hacia el infinito y comenzó a girar lentamente

alrededor de ella al ritmo que le marcaba Angus con la guitarra. Se acercó luego aún más a ella flexionando los brazos hasta notar el frío del acero en el pecho; empezó a contonear la cintura. Lucía se quedó sorprendida de la sensualidad que su amiga era capaz de expresar bailando. Habló a John al oído:

—Lo hace increíblemente bien.

—Es la mejor —respondió el inglés.

—Parece complicado.

—En absoluto, sweetie. Solo tienes que sentir la sensualidad del baile y dejarte llevar, no te preocupes por eso. Además, Sandra es una profesora estupenda, ha enseñado a muchas de las chicas nuevas.

Lucía se quedó pensativa unos instantes. Después, los dos devolvieron la vista al escenario.

El frío acero parecía ser el juguete sexual de Sandra, una extensión metálica de su cuerpo. Lo rodeó con las piernas, lo acarició, casi lo deseó como si fuese de carne y hueso. Se giró para mirarlos y, con un movimiento rápido de cabeza, se cubrió los pechos con la larga melena castaña. Entonces comenzó un vaivén vertiginoso al ritmo de la música; Sandra movía las caderas de la forma más erótica que Lucía había visto nunca. Finalmente, escaló la barra, la rodeó con las piernas para afianzarse a ella y se dejó caer hacia atrás exponiendo su cuerpo al reducido público.

—Gracias, Sandra. Ya puedes vestirte, has estado genial.

Sandra volvió al rincón donde había dejado la ropa y se vistió.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó John dirigiendo la mirada hacia Lucía.

—Bonito, sensual… Difícil. —Lucía no sabía muy bien qué decir.

—Como te he dicho, ella puede enseñarte. Al principio solamente ensayarías antes de abrir y tu trabajo se limitaría a atender a los miembros en las mesas. Cuando te sientas preparada, habrá llegado tu momento. Y estoy seguro de que lo harás genial.

Lucía lanzo una mirada desconfiada a John.

—¿Y en qué más consiste el trabajo? Tengo la sensación de que no todo se resume en bailar y charlar amablemente con clientes.

—Miembros —recalcó John—; quienes frecuentan el Luna Llena no son clientes, sino miembros. Lo único que estará en tu contrato, y en tu retribución, es el espectáculo de barra, el apoyo al bar sirviendo mesas y la atención amable hacia los miembros, nada más. El resto te lo contaré después.

Sandra bajó del escenario, ya vestida, y se acercó a ellos; el brillo en los ojos de Lucía le hizo saber cuánto le había gustado el breve pero intenso espectáculo. Juntos de nuevo los tres, comenzaron a caminar hacia una puerta situada a la derecha del escenario, un rincón discreto, oculto tras una cortina traslúcida que John apartó con la mano para darles paso.

Entraron en una sala circular con una enorme bañera de hidromasaje en el centro. John accionó un interruptor en la pared para ponerla en marcha. Varios focos se encendieron bajo el agua y la superficie se cuajó de burbujas. Lucía miró a los lados y vio que toda la habitación estaba rodeada de plantas exóticas de grandes hojas verdes. Debajo de estas había toallas blancas perfectamente dobladas y apiladas. No tardó en imaginar el tipo de escenas que con total probabilidad habrían sucedido en aquella bañera.

—Como puedes ver, esta es la zona de relajación. Es un buen lugar para comenzar o terminar la noche, solo o acompañado —dijo John.

—Imagino que la compañía la ofrecen las chicas del club —inquirió Lucía.

—Antes te he comentado los servicios que estarían en tu contrato. —John se dirigió a ella y esta asintió con la cabeza—. Pero fuera de él, si alguno de los miembros te lo ofrece, y siempre de forma personal, puedes llegar a un acuerdo económico para prestarle los servicios que te solicite. Por supuesto, los honorarios que convengas son íntegramente para ti. El club se desentiende de todo tipo de relaciones bilaterales.

—Entiendo… Y creo que eso no es lo mío; me ceñiría a trabajar según el contrato.

—¿Vemos el resto de las salas? —preguntó Sandra.

—Por supuesto, seguidme.

Se dirigieron entonces hacia una puerta contigua. John encendió la luz de la sala. Unos focos situados en el suelo, alineados en las cuatro esquinas, iluminaron las paredes desde los rodapiés hasta el techo: eran completamente lisas, pintadas al estuco en tonos ocres que proporcionaban una cálida luz indirecta. En el centro de la sala había una cama enorme sin almohadas, cubierta tan solo por un edredón fucsia que

colgaba por las cuatro esquinas.

—Esta sala está destinada a mantener relaciones sexuales convencionales. Suelen entrar varias personas a la vez o una sola pareja, según los acuerdos a los que las chicas hayan llegado previamente con los miembros.

—¿Relaciones sexuales convencionales? —preguntó Lucía esbozando un gesto a medio camino entre el rubor y la estupefacción.

—Digamos que no todo en el Luna Llena es convencional. Pero no tienes por qué preocuparte; si alguno de los miembros te solicitase algún servicio extraordinario que no desees prestar, como por otro lado ya has manifestado, y este insistiese, comunícaselo al encargado y hablará con él; Chema sabrá solventar la situación —su voz sonó segura y tajante—. Una norma fundamental del club es que no está permitido, bajo ningún concepto, molestar o incomodar a las chicas. Aunque a veces ocurre. —Salió de la sala y continuó con la visita—. Seguidme, por favor.

Cruzaron la sala principal hasta el lado opuesto. Frente a ellos aparecieron otras dos puertas, una junto al escenario y otra unos metros más alejada. En primer lugar, entraron por la situada más cerca del escenario.

Paredes y techos estaban pintados también de negro y en el suelo se sentía al caminar la misma moqueta que en la sala principal. Sujetos a las paredes había multitud de barrotes metálicos que simulaban rejas. Del techo colgaban focos de luz oscura que apenas permitían ver hasta que las pupilas se acostumbraban a la escasa iluminación. El centro de la habitación lo presidía una jaula construida con los mismos barrotes metálicos de las paredes, «el espacio justo para una persona», pensó Lucía. En una de la esquinas de la jaula se apreciaba una puerta con un candado. La sala terminaba en una abertura cubierta por dos grandes cortinas de seda negra recogidas en los laterales por sendos cordones dorados.

—Como te he dicho, no todo en el Luna Llena es convencional —continuó John—. Esta es la sala de sumisión. Se puede esposar a alguien a los barrotes o meterlo dentro de la jaula. Normalmente es a uno de los miembros a quien se apresa. Como ves, no hay instrumentos que produzcan dolor, están terminantemente prohibidos, pero hay a quienes les gusta salir de la rutina y ser dominados por una noche.

Lucía escuchaba atentamente cuanto John le explicaba. Su cara de estupefacción aumentaba por momentos. «¿Qué demonios es el Luna Llena?», se preguntó. Concluyó que se trataba de una especie de club swinger reservado a personajes de la alta sociedad y en el que las chicas para compartir no eran sus propias parejas, sino profesionales con

derecho a elegir, con derecho a decir no.

—¿Qué hay al otro lado de las cortinas? —preguntó intrigada.

—Es la sala a la que se accede desde la otra puerta que has visto fuera, en la sala principal: están comunicadas. Pasemos a verla.

A través de las cortinas entraron en un espacio amplio, con sofás circulares de cuero negro dispuestos por parejas en torno a discretas mesas de cristal. Al igual que en la sala de sumisión, todo estaba pintado de un negro liso y el suelo enmoquetado. Sobre cada una de las mesas había una esbelta vela encendida que propiciaba un ambiente más íntimo si cabía.

—Parece la sala más normal de todas —pensó Lucía en voz alta.

—Lo es. Esta sala está destinada a charlar, tomar una copa… Habitualmente es aquí donde los miembros y las chicas se sientan a negociar sobre los servicios especiales.

Lucía imaginó a aquellos importantes hombres trajeados y a las empleadas sentados en los sofás saboreando caros cócteles mientras hablaban de servicios sexuales no menos costosos. De pronto, algo dentro de ella se removió bruscamente. Su conciencia se vio agitada por una sacudida eléctrica al pensar que chicas como ella se movían en aquel entorno de vicio al mismo nivel, si no en uno superior, con quienes en otras circunstancias les mirarían por encima del hombro.

—Ya has visto todas las instalaciones comunes del club —anunció John echando una mirada a su reloj—. Si te parece, Sandra te enseñará en otro momento las instalaciones privadas de los empleados. Regresemos al bar y comentemos ahora el contrato.

Lucía se sintió violentada; tenía la impresión de que John hablaba desde la convicción de que aceptaría el trabajo. Pero accedió a revisar el contrato sin poner objeciones, siempre con la mente puesta en que podría no regresar allí jamás una vez que cruzase la puerta de salida.

Tomaron asiento en los lujosos sofás de cuero del bar. El camarero, atento a los gestos del jefe, se acercó a ellos. John le pidió amablemente que les sirviera unas botellas de agua y que trajera su portafolios. El camarero regresó al instante cargado con todo.

—Gracias, Martín. —John abrió la lujosa cartera de piel, sacó el contrato modelo y se lo mostró a Lucía—. Como podrás ver, las condiciones de trabajo son las que te he explicado durante la visita; llévatelo a casa para que puedas estudiarlo con detenimiento. Y dicho esto, solo queda comentar un par de apartados más —añadió—. En primer lugar, los

honorarios y el horario. El sueldo es de ciento ochenta euros por noche, impuestos aparte: todos los paga el club. En cuanto al horario, el club abre todos los días de la semana, desde las 23:30 hasta las 6:00. Las chicas llegan a partir de las 21:00. Dispondrás de tres días libres a la semana que puedes escoger cuando mejor te convenga, siempre y cuando no coincidan todos en fin de semana y previo acuerdo con las demás empleadas; no quisiera verme solo con Martín. —Sonrió.

—Me parece bien, ¿cuál es el otro apartado?

—En segundo lugar, están las cláusulas de confidencialidad. Están todas en el contrato modelo. En resumen, vienen a decir que te comprometes a ser total y absolutamente discreta con respecto a los miembros del club. No puedes hablar con nadie sobre quiénes son, a qué se dedican ni las actividades que realizan aquí. Por lo general, son ejecutivos, empresarios, banqueros y políticos. Es posible que incluso conozcas a algunos de ellos, son caras populares de la sociedad.

—De acuerdo, revisaré el contrato y en unos días te daré una respuesta. —Lucía dobló el documento y lo metió en su bolso.

—Bien. Si te parece, podemos volver a vernos el jueves.

—De acuerdo —aceptó.

Los tres se levantaron de la mesa. John se despidió de Lucía, y Sandra la acompañó a la salida.

—Piénsalo esta noche y mañana hablamos. Te llamo para desayunar. —Sandra le dio un beso en la mejilla y cerró la puerta del club.

Lucía caminó por la acera recordando todo lo que había visto, todo lo que habían hablado. Bajó las escaleras del aparcamiento y se dirigió a su coche completamente abstraída. Al sacar la llave del bolso, el raspón con restos de pintura gris que cubría todo el lateral la sacó del ensimismamiento. Semanas atrás se había dejado medio Ibiza en uno de los pilares del aparcamiento del centro comercial; la abolladura medía más de dos palmos de altura e iba de rueda a rueda a lo largo del vehículo. «También debería cambiar de coche». Puso el bolso en el asiento de al lado y arrancó el motor.

Antes de salir observó el contrato; una de las esquinas asomaba por la cremallera del bolso recordándole que allí estaba, a la espera. Estiró el brazo, lo acarició con la yema de los dedos. Metió la primera marcha y aceleró rumbo a casa.

Se tumbó en la cama desnuda, aplastada por el sofocante calor y abrumada por la cascada de sensaciones que traía consigo. A su lado, sobre la almohada, el contrato parecía mirarla de reojo.

Aquel papel fotocopiado era al mismo tiempo pasaporte para otra vida, licencia para obtener la libertad, y tique de entrada a un laberinto cuya salida intuía que sería difícil de encontrar, pues por mucho que se repitiese a sí misma que podría abandonar en cualquier momento, algo le decía que no sería tan fácil; que el dinero fácil, fácil es, y difícil es dejar de ganarlo. Además, ese papel no era un simple contrato, un acuerdo firmado por dos partes en el que cada cual asume sus obligaciones y adquiere sus derechos. Tras esa fotocopia se escondía la transacción de sus más íntimos secretos, esa propiedad intransferible que es el cuerpo y que el dinero tiene la magia de transmutar de privada a pública con tan solo dar con la cantidad adecuada. Y eso la asustaba. En el fondo, Lucía tenía miedo de meterse en un callejón oscuro en el que alguien pudiese llegar a robarle la dignidad, y una vez desnuda de ella, quizá ya nunca poder encontrar la salida.

Pero, por otro lado, ¿existía alguna otra salida? Tan cierto como lo anterior era que no deseaba volver a dejar su destino en manos ajenas, en manos codiciosas a quienes poco importaba su opinión, sus problemas.

Con la fotocopia como compañera de cama, finalmente se quedó dormida en medio de la madrugada después de haber tomado la decisión que habría de cambiarle la vida para siempre, aunque de un modo que jamás hubiera imaginado.

Pasadas las diez de la mañana, despertó enredada en las sábanas. El móvil, abandonado en algún lugar de su casa, sonaba y vibraba amenazando con no callar. Se levantó de un salto y cruzó el apartamento hasta el salón. Ni siquiera miró en la pantalla de quién se trataba cuando lo sacó del bolso; descolgó y contestó.

—¿Hola? —dijo con la voz aún tomada por el sueño.

—Buenos días, bella durmiente, ¿te he despertado?

—Sí. Buenos días —contestó enfurruñada.

—¿Te apetece ese café?, ¡ya es de día! —se mofó Sandra al otro lado.

—Sí, sí, claro. Dame media hora. Nos vemos donde siempre.

Sumergida en sus pensamientos, llegó al bar por inercia. Sandra ya la esperaba sentada en una mesa de la terraza.

—Buenos días, otra vez… —se mofó de nuevo.

—Buenos días. —Lucía se sentó frente a ella sin quitarse las gafas de sol.

—Ya he pedido los desayunos.

—Gracias, estoy muerta de hambre. Anoche me olvidé incluso de cenar.

—Y bueno, ¿qué?, ¿has tomado una decisión?

Nada más terminar de hacer la pregunta apareció una camarera con los cafés y las tostadas.

—Sí, voy a aceptar. He llegado a la conclusión de que trabajar en el Luna Llena quizá sea el cambio que necesito. Pero no estoy del todo segura de que sea lugar para mí. De momento, pasaré el verano allí, trataré de conseguir algunos ahorros y después decidiré si continuar o no.

Desayunaron comentando algunos flecos, dudas e intrigas que a Lucía le habían quedado por despejar. Después se despidieron delante de la boca de metro. Lucía continuó por la acera, camino de casa, con paso firme y el manojo de nervios que mantenía su alma en vilo a raya en un rincón de su mente.

La ciudad estaba en plena marcha a esas horas; las calles hervían de gente que iba y venía, que entraba y salía de los comercios. Detenida en un semáforo, reparó en la peluquería que había en la esquina de su calle. Se fijó en la foto de una modelo colgada en el escaparate: mostraba un corte de pelo enrasado por la parte de la nuca y que caía en diagonal descendente hacia delante dejando al final dos mechones que le abrazaban la barbilla, teñido de morado, atrevido…, distinto. «¿Por qué no?». Cuando el semáforo le dio paso, cruzó la calle y entró con decisión dispuesta a copiar el peinado de aquella muestra: si aceptar el trabajo en el Luna Llena iba a ser el primer paso, el segundo habría de ser un cambio de estilo.

CAPÍTULO 2: El 1 de septiembre disponible en www.AureGonzalez.es/gratis

Capítulo 2

CAPÍTULO 2

El 1 de septiembre lo podrás leer y descargar en PDF aquí:

www.AureGonzalez.es/gratis

Después publicaré un capítulo a la semana.

Espero que disfrutéis de la lectura.